

# LOS LUNES

Madrid 29 de Abril de 1907

## DE SOBREMESA

En la lista de diputados electos, entre otras curiosidades, se advierte desde luego que los diputados más jóvenes figuran entre los conservadores y los de mayor edad (no digamos saber, ni mucho menos gobierno, porque el gobierno está con los otros) en los partidos que aquí llamamos avanzados, aunque maldito lo que han avanzado desde su fundación hasta nuestros días.

De los escritores, el más ilustre de los *seniors* figura entre los diputados republicanos; el más ilustre de los *juniors* entre los adictos; de los grandes de España, los más jóvenes también son adictos, y en fin, el hijo de un ilustre novelista, bien conocido por sus ideas liberales, me sorprende también como adicto.

La juventud está con Maura, y si la juventud no fuera cosa tan efímera que apenas dura una legislatura de las españolas, bien pudiera decir D. Antonio al verla de su parte, como Napoleón al levantar en sus brazos al príncipe imperial que debió ser Napoleón II: el porvenir es mío. Pero ¡ay! que el porvenir nace todos los días y no nace sólo en el Congreso.

No es cosa de considerar por muertos á tantos jóvenes en lo mejor de su vida y en los comienzos de una carrera política, que les deseo brillante; sólo se apodera de mí cierta melancolía al contemplarlos tan jóvenes y ya conservadores. Sólo me consuela, como al mismo Napoleón ante los campos de batalla en que una malograda juventud se veía segada en flor, pensar como él: una noche de París reparará todo esto. Sí, esperemos en las noches de España para reparar todo esto; esperemos en lo que ha de nacer.

\*

Enrique Gómez Carrillo desea conocer mi opinión sobre el éxito que pudiera obtener en Madrid la traducción de *Le Ruissseau*, de Pedro Wolf.

Nada puedo garantizarle, mi querido amigo; el público de Madrid tiene un criterio tan variable, que casi pudiera decirse que su criterio es no tener ninguno. Quizás en esto consiste su mayor encanto. Es pérfido como el mar; unas veces se asusta de todo, otras veces no se asusta por nada.

El éxito de la traducción dependería de mil circunstancias.—Decir causas sería demasiado; en España todo es circunstancial.—De la habilidad de los traductores, de sus simpatías personales sobre todo, del teatro en que se representara, del día y de la hora del estreno... Lo que sí puedo asegurarle es que, de todos modos, en Madrid como en París, el acto de Montmartre sería el más aplaudido y que Rosario Pino estaría encantadora en la protagonista, porque su vibrante sensibilidad femenina no conoce más fronteras que las del espíritu femenino, y Montmartre, como Madrid, como Sevilla, como el Japón, si una *Mme. Chrysantheme* ó una *Mme. Butterfly* interpretara un día, por un capricho de poeta, que bien pudiera ser usted, encontrarán siempre en la encantadora artista un alma de mujer para las almas de sus mujeres.

Dios cuajaría,  
chispas de Dios darían nuestros pechos...  
Se fué el mendigo  
buscando lástima...

La calle se ilumina,  
sonríe el cielo  
y todos me parecen conocidos...  
Es que ellos vienen...  
ellos son él y ella...  
Se miran á los ojos,  
ciegos al mundo,  
las miradas mirándose.  
Triunfa en ella la vida;  
el aire que respira vuelve humano  
desde sus labios rojos,  
y en el celeste azul de sus pupilas  
la luz se amansa;  
bate su pecho  
el compás de las cosas y los hombres.  
Y él á su lado  
no cabe en sí y á todos nos anima,  
diciéndonos su gloria:  
hé aquí el hombre!  
Al bordearlos se sienten cuantos pasan  
más humanos, más buenos;  
uno suspira  
envuelto en añoranzas del antaño...  
Y ellos dos siguen,  
batiendo el suelo con andar pausado,  
los ojos en el cielo,  
los ojos en los ojos...

Voy á sentarme aquí, bajo este tilo,  
que me recuerda al tilo de mi pueblo,  
aquei que alza su copa  
donde rodó mi cuna  
y es él cuna de pájaros  
que cantaron los juegos de mi infancia.  
Memorias su perfume  
me trae de aquellas gentes  
que son las mías,  
que conmigo se hicieron;  
la patria resucita!  
Se acerca un perro  
que acariciar se deja por mi mano  
y acepta sin repulgo  
azúcar que le brindo.  
Y él me recuerda  
la hermandad que nos ata á los humanos.  
Lo que nos une  
son las yerbas, los árboles, los frutos  
y son las bestias  
que á nuestro recio arbitrio se yugamos;  
lo que nos une  
no son los corazones, son las obras.  
No nos brota de dentro  
esta hermandad que á todos nos envuelve  
y nos hace un linaje:  
es nuestra obra  
la que nos ciñe  
y á abrazarnos nos fuerza con su abrazo.  
Cada cual va dejando  
de su labor el fruto  
atento sólo á su menguado logro  
ó á menguado renombre,  
y esos frutos nos ciñen,  
nos atan y nos fuerzan  
á darnos el abrazo de que brota  
la sociedad humana.  
Tú das tu fruto,  
yo doy el mío,  
los cambiamos y nace  
la hermandad que nos une.  
Las cosas, no los hombres,  
hicieron de nosotros un linaje;  
es la casa que habitas  
y que antes otro como tú habitara.  
Ven, perro amigo,  
obrero de hermandad entre los hombres,  
pues tú nos unes  
más que nosotros mismos nos unimos  
de propio impulso.  
Si algún día el amor desde el recóndito  
caliz del corazón brota á los pechos,  
tiembla en la boca,  
irradia por los ojos,  
y el hombre en ansia de hombre  
busca á su hermano;  
si algún día se posa  
nuestra pobre hermandad en las entrañas  
de cada hombre,  
entonces esta fábrica  
de las vastas ciudades  
se ajará como flor que dió su fruto  
y acabará la tierra  
por ser el Paraíso.

Miguel de Unamuno.



Ecos de las elecciones.

La marquesa de \*\* tiene á su marido diputado conservador y á su mejor amigo, liberal. La gente ya la llama: el triunfo de la solidaridad.

A un candidato á la diputación, de quien ya no se cuenta las desventuras conyugales, como se lamentara de que le habían birlado su distrito, le aconsejaba un amigo para consolarle:

—Si usted no necesita el distrito para nada. Usted debía presentarse por acumulación.

En casa del modisto.

La cliente, entusiasmada con un nuevo vestido que favorece mucho su belleza algo vespertina, le dice al modisto:

—Crea usted que si aquí tuviéramos voto las mujeres, todas las señoras le votaríamos á usted.

El modisto, confuso y galante:

—¡Oh, muy amable! Pero sería yo el que votaría siempre con ustedes.

Jacinto Benavente.

## DEL LIBRO "POESÍAS,"

Unamuno acaba de publicar un volumen de poesías. La personalidad del autor, que ha tomado siempre el campo de las letras por campo de batalla, dá un interés excepcional á este libro de versos. Ha de ser muy discutido. Y antes de que se hable de él extensamente en estas mismas columnas ofrecemos á nuestros lectores una muestra. Como la composición que reproducimos, llena de honda poesía y de una sabia despreocupación formalista, hay muchas en el último libro de Unamuno.

### En una ciudad extranjera

Las gentes pasan;  
ni las conozco  
ni me conocen.  
Los unos rien,  
en los otros se ve que han llorado,  
y ni sé su alegría  
ni sé su pena.  
Vé aquí que me hallo solo  
dentro del mar humano,  
mar de misterio.  
Se me acerca un mendigo  
y con voz quejumbrosa  
algo me dice que apenas entiendo  
tendiéndome la mano,  
y sé muy bien qué pide.  
¡Oh mano humana;  
universal tu lengua!  
¡Oh mano de trabajos y de adioses,  
madre del arte,  
madre también del crimen;  
de los pobres mortales  
gloria é infamia!  
¡Oh mano humana,  
que ríes y que lloras  
si te abres ó te cierras;  
ya los rientes dedos derramados,  
ya postradas sus yemas,  
abatidos los cuatro  
que son mellizos  
bajo el duro pulgar que los soyuga  
en crispación de ira!  
¡Oh mano humana!  
Riente me la fiende este mendigo,  
y en su risa solloza;  
con sus dedos suplica.  
Su mano pide mano.  
Si todos nos las diéramos  
comp en rueda de danza,

## La "Crónica general," de Alfonso El Sabio

En estas mismas columnas he indicado varias veces la transformación que de algunos años acá viene operándose en los estudios de investigación literaria, y gracias á la cual se están arrancando del olvido obras notabilísimas y conociéndose en su completo valer autores ilustres. Entre los eruditos que á esa transformación contribuyen los hay que, fijándose en un género literario ó en una personalidad, los ponen ante nuestros ojos evocando la época que los produjo; otros prefieren examinar una obra famosa de las que no se conocen sino por citas y referencias: la desentieran de los archivos, la despojan de añadiduras, la limpian de reloques, la completan, á ser posible, con lo que le fué arrebatado en provecho de plagios é imitaciones, en una palabra, la libran de cuantos errores y picardías acumularon sobre ella la incuria ó la malicia, y la tornan á su estado primero, realizando, no una restauración arbitraria, sino una labor de verdadera conservación para que apreciemos el original reditivo, igual que podemos admirar un cuadro antiguo luego de quitarle la espesa capa de polvo endurecido y hasta los infames repintes que sobre el lienzo acumularon el abandono que todo lo altera y las manos ignorantes que lo profanan todo. Este procedimiento de conservación acaba de aplicar Ramón Menéndez Pidal publicando en la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» la «Primera Crónica General ó Estoria de España», que mandó componer Don Alfonso el Sabio, obra que todos los aficionados á estas cosas han visto en catálogos de bibliotecas y repertorios bibliográficos, pero que seguramente han hojeado muy pocos, porque yacía envuelta y como soterrada en un maremagnum de copias y algunas impresiones hechas con escaso criterio ó poca fortuna.

La importancia de la «Estoria de España» es verdaderamente extraordinaria para el estudio de los comienzos de nuestra vida nacional y de la formación de nuestro idioma; no existe libro igual en ninguna de las literaturas europeas: de ella dijo Dozy «que creó la prosa castellana, pero no esta pálida prosa de hoy, falta de carácter é individualidad, que con frecuencia no es sino francés traducido literalmente, sino la verdadera prosa castellana, la del buen tiempo viejo, que tan fielmente expresa el carácter español, á la vez vigorosa, amplia, rica, grave, noble, sencilla, y todo ello cuando los demás pueblos de Europa, sin exceptuar á Italia, distaban todavía mucho de producir una obra en prosa que fuera recomendable por su estilo.»

El infante D. Juan Manuel, considerado como nuestro mejor prosista de la Edad Media, sobrino de Don Alfonso, dice que éste escribió la «Estoria» ó por lo menos la revisó y corrigió, y elogiando el estilo de su tío, añade: «et púsolo todo cumplido, et por muy apuestas razones, et en las menos palabras que se podía poner». Está fuera de duda que el rey sabio se cuidaba mucho de la forma al redactar ó revisar lo que mandaba escribir, procurando la concisión y la sobriedad con particular empeño. En el «Libro de las Armellas» se dice que «tolló (quitó) las razones que eran sobejanas (supérfluas) é dobladas, é que non eran en castellano derecho, é puso las otras que entendió que cumplían, é cuanto al lenguaje enderezólo él por sí»; lo cual nos autoriza para creer que cuando esto hizo con el «Libro de las